

## Duda

■ Me gusta el hombre que duda.

Siento una instintiva desconfianza por quien expresa sus ideas sin vacilar, por quien detenta una verdad incontestable, el que es capaz de reconocer sin titubeos tanto al aliado como al enemigo. Sospecho del que se dice conocer de la recta línea que demarca lo bueno de lo malo; lo feo de lo hermoso.

Me niego a reconocer en la vida al modelo de los westerns norteamericanos. A un lado el jovencito bueno con sus amigos que son los honrados habitantes del pueblo y al otro el malo con su banda de facinerosos. Ninguno de ellos duda. Tienen la certidumbre de ser lo que son.

Por más que se quiera trasladar a la vida real el esquema de las películas de cowboy, hay que reconocer que "el cojo" que proyecta el apasionante filme de la historia de la humanidad, nos entrega una película más compleja. Verdades que parecían inamovibles han caído estrepitosamente; conocimientos que tenían la apariencia de estar cimentados en granito han resultado de cartón piedra; personajes que se nos presentaban como héroes han caído en las peores bajezas y villanos que concitaban el odio del espectador, de pronto han exhibido su nobleza.

Quienes llevan ya un tiempo viendo esta película de la historia no sólo tienen el derecho de dudar, sino la obligación de hacerlo. Es una forma de estar vivo, de reexaminar constantemente la realidad que nos rodea, de luchar permanentemente en pos de una verdad insalvable. Dudar es una valentía del espíritu que significa poner en juego día a día, minuto a minuto, su propia estabilidad.

Los latinos decían que "quien no piensa, no duda", pues dudar significa correr el riesgo de pensar, de reconocer el error de hoy y tener la intuición de que la verdad hallada puede ser mentira mañana.

Hay veces que siento envidia de los hombres que poseen la certidumbre. Sus vidas transcurren plácidamente acariciando los mismos amores, aferrándose a los mismos odios. Su convicción invariable los hace impermeables a la experiencia. De ellas, de lo que les sucede a diario, de



sus lecturas, de lo que aprenden, saben elegir aquello que está de acuerdo a sus certidumbres y desechan por falso lo que no cuadra con ellas. Son mercederos a la bienaventuranza que Renán proponía agregar a las bienaventuranzas de Cristo: "Bienaventurados los ciegos de espíritu, porque ellos no dudarán de nada".

Todo el progreso de la humanidad nace de un momento de duda. El sabio que duda del conocimiento que le han entregado, lo cuestiona y lo investiga, termina entregándonos un nuevo conocimiento. El artista que duda de las formas predominantes en su época, indaga y revoluciona el arte dando una nueva dimensión al espíritu del hombre. Stuart Mill denunciaba el desastroso efecto de la ausencia de la duda cuando escribía: "la fatal tendencia de la humanidad de dejar de pensar en una cosa, en cuanto deja de ser dudosa, es causa de la mitad de sus errores".

Es cierto que la duda inhibe a la acción, que en grado superlativo lleva al escepticismo y, a veces, al cinismo. Pero entre el que en nombre de una vociferante convicción se niega a su examen y el que cuestiona, sopesa y duda, prefiero al último.

Es cierto que hay una época para la duda y una época para la convicción, que la eterna duda es inmovilizante y la permanente acción se torna estéril.

Pero... ¿Cuál es la época para lo uno y cuál para lo otro?

Dudo.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA